



*El Antiguo Alumno,  
Salesiano y Cooperador*

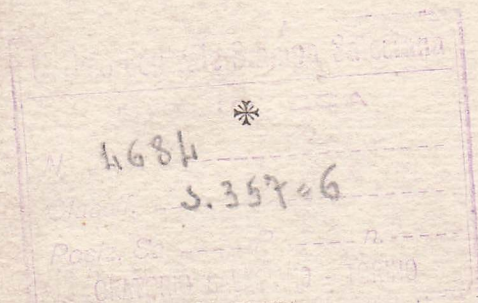
---

---

EXPLORADORES DE DON BOSCO

# ORACIÓN PATRIÓTICA

PRONUNCIADA POR EL PRES-  
BÍTERO DOCTOR JOSÉ C. SILVA,  
EN EL ACTO DE LA JURA DE  
LA BANDERA DE LOS EXPLOR-  
ADORES DE DON BOSCO DE  
LA PLATA, REALIZADO EL 12  
DE OCTUBRE, DÍA DE LA RAZA.



LA PLATA  
TALLER DE IMPRESIONES OFICIALES

1933

Un puñado de jóvenes, de niños, vienen a prestar el juramento de fidelidad a la bandera azul y blanca, ante el altar de la Patria en presencia de las altas autoridades de la Provincia, de los jefes del ejército, de lo más representativo de la sociedad, y en este día de la Raza, que señala en la historia de los pueblos, la aurora de un nuevo sol y de un nuevo mundo, donde se derramó el valor y la sangre de los héroes, la ciencia y el saber de los sabios, y la fe y abnegación de los apóstoles evangélicos, de la Madre España.

Este acto sencillo que cumple el Batallón N° 10 de Exploradores de Don Bosco, tiene toda la elocuencia del ejemplo, en esta época en que parecería un delito, o por lo menos una vergüenza profesar ideas o cumplir actos nacionalistas; tiene toda la fuerza de un compromiso de honor para ese niño de hoy, que con ingenuidad infantil promete ser fiel a su bandera; y que soldado mañana sabrá jurarla con igual fervor pero con más conocimiento, defenderla con su brazo y su cerebro, con su esfuerzo y con su sangre. Muchos de estos niños, quizá no lleguen a servir en las filas del ejército, por causas que no es el

caso enumerar; y para ellos, éste será el primero y único juramento que presen-ten a la enseña de la Patria. Y los demás, los que lleguen a servirla en la conscripción, ya llevarán esta lección aprendida, esta lección que cuesta mucho inculcar en el adulto, especialmente en esta hora de demagogia en que las ideas exóticas inoculadas en el pueblo, hacen abominar las instituciones armadas, y siembran el odio a la Patria de origen, al inculcar un amor utópico a todas las patrias del mundo, al comunismo internacional. El joven que así llega a las filas, no reformará conceptos, y sólo acrecentará sus rebeldías; y aun cuando extienda el brazo para prestar un juramento, llevado por la imposición de la fuerza, renegará en su corazón y en su mente, y será perjuro a su bandera.

El concepto de Patria, reconoce por cuna, la misma cuna de la humanidad. Nace con el hombre, que ama el techo, dolmen, cabaña o palacio que lo vió nacer: la naturaleza, las flores, la tierra, los paisajes, los cantos, las voces, el concierto de la creación, en ese rincón del suelo que para él es todo el mundo. Ese concepto primitivo, innato en el hombre, es el instinto del ave, que busca y vuelve al nido, donde a su vera, entona los idilios de su amor, o canta los trinos lúgubres sobre sus ruinas, cuan-

do una mano torpe lo dispersó a los vientos. Es el sentido de orientación, por el que la paloma mensajera torna a su alero, aún cuando se la lleve a otros cielos y a otros climas. Es el ansia con que las golondrinas vienen de sus emigraciones, para preludiar, año tras año sobre nuestras frentes, los encantos de la Primavera.

Es el olfato con que la fiera encuentra la ruta de su cubil, donde esconde sus cachorros o sus presas y con que la bestia acelera el paso, cuando después de las horas de marcha y de fatiga, se acerca a la querencia.

La Patria, es el *Hogar*, que nos vió nacer, es el regazo de nuestra madre, es nuestra cuna que nos meció suavemente, con esos cantos dulces y añorados, con que todos conciliamos nuestros sueños y que se van repitiendo de generación en generación. Es ese techo rico o pobre, alegre o triste, pero tan metido en el corazón, que no puede menos de llorar y sangrar, cuando por los vaivenes de la vida, debe abandonarlo. Es ese puñado de seres, por cuyas venas corre la misma sangre, en cuyas facciones se ven estampados los mismos rasgos, en cuyas almas alientan idénticos sentimientos, y en cuyas vidas se cumplen las mismas leyes de herencia. La Patria, es la *Escuela* pobre y humilde, donde todos aprendimos las prime-

ras letras; esa campanita que con su voz argentina, nos llamaba cada mañana al cumplimiento del deber; esa maestra, toda bondad y cariño, que consagró su vida, a dar vida a las mentes infantiles; esos compañeros, cuyo recuerdo jamás podrá borrarse en la memoria.

Es la visión del campanario y del templo, de los edificios públicos y de los funcionarios que actúan en nuestro pueblo, ciudad o comuna; es esa «patria chica» cuyos pasos seguimos con emoción, desde cualquier punto de la tierra, gozando en sus triunfos y llorando en sus dolores.

La Patria es nuestra Provincia, con sus bellezas naturales; con sus ríos, llanuras o montañas; con sus hombres de ayer, de hoy y de mañana, con su historia breve o larga, feliz o triste, con sus leyes y derechos, con sus caracteres inconfundibles, con esa atracción indomable que nos lleva a luchar por su grandeza y bienestar y a intervenir en todas sus contiendas.

Pero la Patria, no sólo es el hogar, la escuela, el pueblo, la Provincia; es eso, señores, pero es mucho más que eso. Es el Estado, es la Nación, es la Argentina, cuyo nombre es un blasón, cuyo emblema es una gloria, cuyo pasado, presente y futuro ha contado y contará siempre con el esfuerzo generoso del brazo y del talento de sus hijos,

y cuya prosperidad y grandeza será la suprema ley de todo bien nacido.

Es la historia gloriosa del pasado; esa leyenda homérica, escrita con sangre redentora y donde se cuentan las gestas de aquellos héroes que nos legaron la gloria inconmensurable de sus virtudes y patriotismo y a quienes se debe que nuestro suelo haya entrado a formar parte en el consorcio de las naciones libres.

Es la figura límpida, inmaculada de Belgrano, luchando como valiente, o sufriendo los reveses de la suerte, o infundiendo sus nobles ideas de redención, o haciendo flamear a todos los vientos, los pliegues de su bandera. Es Falucho, mártir generoso, negro con alma de nieve; es Cabral, salvando a su jefe en San Lorenzo; es el empuje irresistible, es la espada exterminadora, en las cargas de Necochea; es el corvo sable del granadero con el cual se escribió la epopeya de muchos pueblos; es el ejército libertador que ansiando bañarse de luz y de cielo, trepa los Andes, para descender a nuevos llanos, llevando a otras patrias el grito de emancipación. Es la Junta de Mayo; es López, Ramírez, el Tigre de los Llanos; los capitanes y los caudillos, que al defender los fueros de sus provincias, conservaron, sin embargo, intacta la integridad de nuestro suelo. Es Güemes con sus gauchos y Cen-

tauros, clavados en sus corceles, para detener con la muralla de sus corazones, toda invasión extranjera; es Urquiza y es Ferré encendiendo el fuego del patriotismo para la magna empresa de la reorganización nacional. Es Brandsen con su sacrificio, Paz con su estrategia, Moreno y Alberdi con sus doctrinas, Soler y Las Heras con sus campañas. Es la gloria de Junín y de Suipacha, de Salta y Tucumán, de Maipo y Chacabuco, donde corrió la sangre generosa de nuestros héroes para blasón de nuestro escudo y aureola de nuestro emblema.

La Patria es el idioma que aprendimos a balbucear sobre las rodillas de nuestras madres.

Idioma terso y tranquilo, fuerte y fogoso, que resonó en las tribunas, en las arpas y en el foro. Ley en la pluma de Alberdi y de Vélez Sársfield; fuego y centella en los labios de Mármol, Fray Santa María o Luis Palma; verdad o historia, en Mitre, Paz y Garmendia; miel en los versos de Guido, Ventura o Luca; verbo de vida en Trejo de Zanabria y en Fray Mamerto; flores de ceibo y cantos de zorzal, en Indarte y en Andrade; luz y tizona en los Goyena, Frías y Estrada.

La Patria es el terruño, con sus panoramas, sus caracteres, sus tradiciones; es Corrientes y es Entre Ríos, con



sus cuchillas y con sus gauchos; es Santiago con sus llanuras y sus salinas, Cuyo con sus viñedos y con sus nieves; Córdoba docta con hijos ilustres; Santa Fe, bañada en un mar de espigas; La Rioja y Catamarca, con los tesoros ocultos de su seno; Buenos Aires con sus riquezas; Tucumán con sus azahares y con su azúcar, La Pampa con sus arenas; Misiones con sus yerbales; el Chaco con sus quebrachos; la Patagonia y la región norteña con sus bellezas y su oro negro; las llanuras interminables; los Andes y el Aconquija, los ríos, lagos, montes y quebradas y el cielo de nuestro emblema.

La Patria es la ley que nos dictaron nuestros Constituyentes, en magnas e históricas asambleas el derecho y las libertades que aquí se gozan como en ninguna otra patria del mundo; la sangre de nuestra estirpe, mezcla bizarra de noble sangre española y altiva sangre aborigen, unida a la sangre de todas las razas de la tierra, que aquí se dieron cita, para laborar su propio porvenir junto con la grandeza argentina.

La Patria es el culto profesado por nuestros padres, que al separarse de España, tomaron las providencias para no separarse de Dios. Es el culto legendario de la Virgen de los Valles de Catamarca, de las lagunas de Guadalupe, de las barracas de Itatí, de las pampas de Lu-

ján, del Río Blanco de Jujuy, de las Mercedes de nuestros ejércitos libertadores. Es la Cruz de las siete Corrientes o del Milagro; el altar erigido para entonar el himno de las acciones de gracias por los beneficios y los triunfos, o para rogar y llorar por los que muertos a la vida, viven en la historia y en la inmortalidad.

En este concepto generoso, no entra la idea utilitarista de Cicerón, *Patria est ubicumque bene est*; «La Patria es cualquier parte donde se está bien», por que así como el hijo bien nacido reconoce a su madre, aunque pobre y humilde, y no se avergüenza de su cuna, aunque haya sido una tapera, así el buen ciudadano jamás se avergonzará de su Patria, aun cuando se encontrase humillada por la derrota o probada por la adversidad, ni aún cuando le exigiese el sacrificio de sus comodidades y de su bienestar. Ni puede entrar tampoco el Internacionalismo de quienes no reconocen fronteras, ni símbolos; y con excusa de un amor platónico a la Humanidad, nos traen el odio a nuestra Patria, a su emblema, a su historia y a sus leyes; y con la excusa del amor a los hombres del mundo, siembran aquí el odio de clases.

Hoy como nunca se impone, señores, la unión sagrada de todos los argentinos. Hoy como nunca es de más palpitante actualidad entre nosotros, la divisa del

pueblo ateniense: «El oráculo más cierto es el que ordena defender a la Patria» Defenderla, es darle todo el amor y patriotismo, de que es capaz un corazón generoso; es volver «con el escudo, o sobre el escudo»; o vencedores de sus enemigos materiales y morales, o mártires por el triunfo de sus legítimos derechos. La salvación de la Patria es la suprema ley y cada argentino ha de saber sacrificarse como Coriolano por Roma; como los Fabios en Veyes, como Manlio en el Capitolio, como los héroes de nuestra historia. Y quienes hoy conspiran en las sombras con el ánimo de suscitar insurrecciones o levantamientos de cualquier índole, son reos de lesa Patria. Hoy no se trata del triunfo de tal o cual partido, sino de la salvación de la Patria.

Hoy no debemos buscar a nuestros enemigos, más allá de nuestros confines; no debemos convertir nuestras fronteras, en una línea compacta de máusers y fortalezas; porque la Argentina nunca pretendió llevar la guerra a países hermanos, ni iniciar una política anexionista. Si alguna vez se vió envuelta en alguna contienda, que no provocó, fué para dejar bien sentado el principio de que la victoria no da derechos; y que sobre el derecho de la fuerza, ha de primar siempre, la fuerza del derecho. Si alguna vez cruzaron nuestros soldados, los lí-

mites de la Patria, fué para derramar su sangre generosa, por la redención de otros pueblos; para llevar a otras naciones de América, el grito de la libertad; para amasar y cimentar con sus inmolaciones, la gloriosa independencia de todo el suelo americano.

Hoy, señores, no se pide a nuestro patriotismo, que arme su brazo, para repeler al extranjero, desde que para evitar el flagelo de las guerras, nuestra Patria, muchas veces prefirió ver menoscabada la integridad de su suelo; y cedió en sus legítimos derechos y acudió al arbitraje, para dirimir sus litigios. Hoy el verdadero patriotismo radica en defender las instituciones nacionales, amenazadas por los enemigos que se han introducido en su seno, con ideas de Comunismo o Internacionalismo. El sentimiento de Patria descansa sobre las cenizas de nuestros muertos y de nuestros héroes; en la tradición y en el culto de nuestros antepasados; en la conciencia de ese ayer común, que une a los millones de argentinos.

El Estado favorece el desarrollo de los elementos de civilización, encarnados en la Nación. Esta no es sólo una necesidad de hecho, y el patriotismo, no es sólo un deber impuesto por las circunstancias. La Nación es una necesidad humana; y el patriotismo es la forma más accesible, más segura, más verdadera, de cum-

plir nuestros deberes para con la humanidad.

El enemigo principal del sentimiento de Patria, es el enemigo del orden; es el Comunismo, es el Socialismo. No el socialismo evolutivo, que busca el cumplimiento de la función técnica del Estado, sino el socialismo que arranca de Carlos Marx, y que cree ligadas las fronteras al factor capitalista y busca en el triunfo de la Internacional, el utópico pacifismo de los pueblos.

No permitiremos, señores, en nuestro país el criterio secesionista, de quienes quisieron desmembrar en nuevos estados los Estados que forman la República Federal. Pero tampoco permitiremos el triunfo de la doctrina humanitarista, que tiene por expresión el Anarquismo y el bolchevismo. Si alguna vez se ha dicho que la Argentina debería llorar con llanto eterno, si tolerase la ruina, destrucción o secesión de una parte de su territorio, también debemos confesar sin reticencias que deberá lamentar y deploar sin remedio la hora en que permitiese que el país se convierta en una región, en una parte, de ese todo comunista por cuyo triunfo luchan en nuestro ambiente fuerzas exóticas que operan en las sombras y al amparo de nuestras generosas libertades.

O triunfar, con el escudo en defensa de nuestras instituciones, o caer sobre el escudo con la gloria de los héroes...

La Patria, señores, se encarna en los pliegues de la Bandera; en esta bandera que acaba de ser bendecida con el agua lustral de las bendiciones litúrgicas. Así como la Cruz es el símbolo y emblema del Cristianismo, pues en ella se cumple la inmolación y martirio de Dios, y la redención y rescate de los hombres, así también esta bandera es la encarnación y es la síntesis de la Patria.

¡Exploradores de Don Bosco! vais a jurar fidelidad a la bandera de la Patria. Teneis el compromiso de honor, de hacerla ondear a todos los vientos del progreso y de la gloria; de hacerla presidir, con todo lo que ella representa, todas las horas de vuestra vida; de transmitirla intacta a las generaciones venideras, con la única mancha que cabe en sus pliegues: con la mancha de vuestra sangre, derramada en su defensa.

¡Exploradores de Don Bosco! Por la Patria y por su Bandera, vivir, luchar y morir.

---